

TAILONDIA
EN PAÑOS MENORES

Luis Garrido-Julve

Visible y oculta sexualidad

Entre los mitos e historietas que cuentan algunos periodistas en esta parte del mundo, había uno que siempre me pareció un cuento chino –o siamés– y que ponía cachondos a los más sensacionalistas. Más aún si trabajaban en el mundillo de la televisión. Era la leyenda de la fábrica. Una historia que oí en boca de más de uno cuando llegué a este país, aunque poco a poco el mito se perdió y dejaron de hablar de él. Decía aquel *cuento* que hay un lugar donde enseñan a las chicas de los pueblos del noreste a chapurrear inglés y a camelarse a extranjeros. De manera industrial y ordenada, como en una factoría. Centros para ellas donde aprender a bailar desnudas en una barra americana y a dominar el arte de satisfacer al hombre para luego robarle la cartera. Menuda estampa, una cadena de montaje de meretrices a gran escala.

Fantaseaban con aquello muchos reporteros. Deseaban encontrar ese lugar, una fábrica de putas pensada para satisfacer la demanda extranjera, donde la materia prima fuesen jóvenes sin estudios ni oportunidades. Hubiera hecho las delicias de más de un canal de televisión en España y durante días invadiría telediarios. Asociaciones en defensa de los derechos de la mujer habrían levantado la voz, todo el mundo señalaría al hombre occidental como el culpable de todos los males y, una vez más, la imagen de Tailandia como el prostíbulo del mundo quedaría bien sellada. Y a los diez días nadie se acordaría de la fábrica, como pasa con cualquier noticia. No dudo que más de un reportero se quedó con las ganas de, al menos, tratar de falsear unas imágenes así.

Me había olvidado del mito de la fábrica yo también cuando varios años después estaba de visita en Nong Khai, la pequeña ciudad fronteriza de Isaan con la capital de Laos. La misma en la que sorprende que se diga que hay algunos miles

de occidentales de paso, cuando tailandeses en el censo hay pocos más de 70.000. Una situación en parte debida a la facilidad para cruzar la frontera y conseguir ampliar visados de turista, aunque también a lo barato y tranquilo que resulta vivir allí. Lo que no sorprende es que, con tanto hombre de ojos redondos y avanzada edad, también exista una zona de recreo con neones, cerveza barata y billares. Además de chicas en paños menores, claro. Ese lugar es el soi Nitapat, donde además de bares con señoritas más agradables de lo normal también hay algunos hoteles baratos y unos pocos restaurantes.

El martes en que me pasé por Nitapat el lugar estaba desierto. Los bares vacíos de clientela, los hoteles ofreciendo habitaciones a diez dólares y en el único restaurante que tenía buena pinta no había nadie más que la dueña, una mujer muy atractiva para sus 40 años. Gift se llamaba y tenía un carisma especial. Su sonrisa lucía sincera, se interesaba por aquello de lo que hablábamos y no quería ganarse un dinero extra sirviéndome más cerveza de la que yo quería tomar. El *tom yam* tailandés que me ofreció aquella noche era bastante decente, pero si me quedé allí varias horas no fue ni por la comida ni por supuesto por la cerveza. Lo interesante de Gift fue su charla en su más que correcto inglés.

Gift odió a su madre muchas veces cuando era una niña. Se arrepiente de ello ahora, dice. «En Tailandia respetamos a los padres, no podemos cuestionarles nada». Pero cuando aún era una mocosa no podía soportar que su madre la dejase con los abuelos en el pueblo, a unos pocos kilómetros de Nong Khai. De su padre nunca supo nada y era un tema tabú con sus abuelos. Y cuando cumplió unos años se dio cuenta que era mejor no preguntar. Dependía de su madre, y como toda niña de su edad quería estar con ella. Pero no era posible.

Fueron sus abuelos los que la llevaron de la mano en su primer día de escuela. Quienes cocinaban para ella y a veces para sus primos. También los padres de su madre la educaron en el budismo y le explicaron cómo cuidar de la casa de los espíritus, el pequeño santuario que hay en tantas casas

tailandesas donde, al lado de las figuras religiosas, depositan botellas de Fanta Fresa. Esa que los supersticiosos dicen que es la bebida favorita del más allá.

–Mi madre venía cada dos o tres meses. A veces se quedaba una semana, otras veces un par de días. Siempre tenía que volver a la fábrica. Eso decía, que la necesitaban en la fábrica –me explicó Gift.

–¿Cómo que la fábrica? –la interrumpí, aturdido por el recuerdo del mito de la factoría–. ¿Te refieres a una fábrica con cadena de montaje? ¿A lo que en tailandés llamáis *rong ngan*?

–Eso decían todas –dibujó Gift una media sonrisa en sus labios mientras clavó sus ojos en mi vaso–. Que se iba «a la *factory*», en inglés. Como si trabajase para una empresa extranjera.

Debió percatarse de que aquello me había fulminado porque, de repente, dejó de hablar. En aquel momento, me vi sin palabras y pensé a toda prisa en cómo actuar para que me contase más sobre esa fábrica. Yo le había dicho que me dedico a escribir, que cuento historias sobre su país, pero no sabía hasta qué punto podía ser sensible el tema para ella. Sin embargo, volvió a sonreírme y señaló mi cerveza vacía. Le dije que me pusiese otra y me la sirvió junto al resto de la historia.

-Sigue leyendo la historia de La fábrica en el libro completo-